

Alegato Contra los Turcos

Martín Lutero

1529

ALEGATO CONTRA LOS TURCOS

Si bien en mi opúsculo sobre la guerra turca, ofrecí suficientes instrucciones acerca de con qué conciencia y de qué manera se debe emprender la guerra contra los turcos —en caso de producirse—, sin embargo, mis queridos alemanes no se han dignado creerme ni escucharme. Esperan demasiado, hasta que la fe naufraga y entonces ya no hay auxilio ni remedio.

Así también le sucedió al pueblo de Israel, según conste en 1ª Reyes 17: 1, cuando despreciaron a los profetas por tanto tiempo, que al fin tampoco hubo auxilio ni remedio. Lo mismo nos ha sucedido también a nosotros en la actualidad. Nadie quiso creer lo que escribí acerca de los turcos, hasta que ahora lo experimentamos con mucha aflicción, viendo cómo se han matado y llevado al extranjero a miles de personas en pocos días. ¡Es lo que queríamos! Y si Dios no nos hubiera socorrido de manera tan extraordinaria e inesperada, llegaríamos a experimentar ahora una verdadera calamidad en tierras de Alemania.

Y si conozco bien a mis queridos alemanes, estos cerdos borrachos volverán a su molición —como es su costumbre— y beberán con buen ánimo y seguridad, dándose una vida regalada, sin valerse de ninguna manera de esta gracia que se les ha concedido. Antes bien, la olvidarán con toda ingratitud, y pensarán: Ah, el turco se ha retirado huyendo, ¿para qué preocuparse demasiado y hacer gastos inútiles? Quizá ya no regrese nunca más. Con lo cual recibiremos nuestro castigo bien merecido de parte de Dios. Pues bien; yo no puedo hacer más. Cuando señalé que no se debía subestimar el poder del turco, se tildó mi afirmación de palabras necias y vacías; pues supuestamente había muchos príncipes más poderosos; y yo no debía asustar ni desalentar a los príncipes alemanes. ¡Que se presenten ahora estos charlatanes y consuelen a los príncipes, despreciando el poder de los turcos! Pues considero evidente que el turco los ha desmentido, corroborando mis palabras.

Pero por causa de los impíos y los blasfemadores de Cristo no emprendí nada, ni por su causa omití nada. Reyes y príncipes, obispos y curas han expulsado y perseguido hasta ahora el evangelio, han derramado mucha sangre, provocando toda clase de males y desgracias a los servidores de Cristo. Y la difamación y profanación de la verdad públicamente reconocida había llegado a límites tan vergonzosos y el pueblo se había vuelto tan malvado y obstinado que me vi obligado a vaticinar que en breve Alemania habría de pagar a Dios por su insensatez: precisamente esto es lo que está sucediendo y cobra vigencia. ¡Dios nos ayude y tenga misericordia de nosotros! Amén.

Pues ya que ellos son tan iracundos y malos contra Cristo que se superan en maldad contra su palabra y sus servidores teniendo él que sufrir y ser débil frente a ellos, en verdad él procede rectamente, según el proverbio: "Nadie ha sido nunca tan malo que no haya encontrado a otro más malo que él". Se retira, pues, dejando que se superen en maldad; pero envía contra estos caballeros malos y llenos de ira a otro que es más malo, el turco. Y ya que quieren ser malos, verá quién supera al otro en maldad. Que sea malo quien pueda; aquí se trata de ser lo más malo posible.

Todo esto sea dicho contra los impenitentes y obstinados enemigos y perseguidores de la palabra de Cristo. No obstante, ya que hay muchos en Alemania que aman la palabra, y ya que Cristo sin duda cuenta en ella con un buen número de adeptos, publicaré por causa de ellos este sermón de campaña, para consolarlos y exhortarlos en esta terrible y peligrosa situación. Pues el diablo procura por medio de sus secuaces, los turcos, no sólo el dominio temporal, sino también el reino de Cristo, pretendiendo apartar de la fe a sus santos adeptos, como dice Daniel en el capítulo 7. Por consiguiente, dividiré este sermón en dos partes. Primero, aleccionaré a las conciencias: después, exhortaré al uso de la fuerza. Aleccionar a las conciencias servirá para saber con certeza quién es el turco y cómo hay que considerarlo según las Escrituras. Pues las Escrituras nos profetizan de dos tiranos crueles que, antes del día final, han de asolar y destruir la cristiandad. Uno espiritualmente, mediante artimañas o falso culto y doctrina, en contra de la fe cristiana y el evangelio. Acerca de esto escribe Daniel en el capítulo 11, que se exaltará sobre todos los dioses y sobre todos los cultos, etc., al cual San Pablo llama anticristo en la segunda epístola a los Tesalonicenses, en el segundo capítulo 4. Se trata del papa con su papado, de lo cual hemos escrito suficiente en otra parte.

El otro lo hará con la espada, de modo corporal y externo, de la manera más horrible. De esto profetiza categóricamente Daniel en el capítulo 7. Y Cristo, en Mateo 24, se refiere a una tribulación sin igual en la tierra. Se trata del turco. Siendo, pues, inminente el fin del mundo, es preciso que el diablo ataque antes a la cristiandad con todo su poder en la forma más terrible, dándonos el verdadero golpe mortal, antes de que subamos al cielo.

Quien quiera ser cristiano en estos tiempos, cobre ánimo en Cristo, y no piense en adelante en paz y sosiego. Ha llegado la hora de esa tribulación y profecía. Asimismo, tampoco está lejos nuestra confianza y consuelo en el advenimiento de Cristo y nuestra redención sino que seguirán inmediatamente, como diremos más adelante. Por consiguiente persevera y ten la certeza de que el turco es de seguro la última gran cólera del diablo contra Cristo, con lo cual llega al colmo y derrama toda su furia contra el reino de Cristo. Además, es el máximo castigo de Dios sobre la tierra contra los ingratos e impíos detractores y perseguidores de Cristo y su palabra, y por cierto el pródromo del infierno y del castigo eterno. Pues Daniel dice que, después de los turcos seguirá rápidamente el juicio y el infierno. Y esto también se advierte claramente en los hechos: asesina horribilmente a hombres, niños mujeres, jóvenes y ancianos; traspasa con la lanza y descuartiza a los que no le han hecho mal alguno, procediendo como si fuera el propio diablo furioso en persona. Pues ningún reino ha desencadenado nunca tanta matanza y desolación. Pues bien, escuchemos ahora al profeta Daniel.

Daniel describió cuatro imperios que aparecerían en la tierra antes del fin del mundo, pues leemos en el capítulo 7 que vio subir del mar cuatro grandes bestias. "La primera era como una leona, y tenía ajas de águila. La segunda era semejante a un oso, y tenía tres hileras de dientes en su boca. La tercera semejava un leopardo, y tenía cuatro alas y cuatro cabezas. La cuarta era una bestia cruel y extraña, y muy fuerte; tenía grandes dientes de hierro con los cuales devoraba y despedazaba a su alrededor, pisoteando lo que sobraba; y tenía diez cuernos. Yo contemplaba los cuernos y, he aquí que entre ellos salió otro cuerno pequeño, delante del cual fueron arrancados

tres de los primeros cuernos. Y ese cuerno tenía ojos como de hombre, y su boca hablaba cosas terribles.

"Estuve mirando hasta que se colocaron sillas y se sentó el Anciano. Se hizo juicio y se abrieron los libros. Yo observaba por causa de las horribles palabras que pronunciaba el cuerno, y advertí que la bestia había sido muerta y que su cuerpo había sido destrozado y arrojado al fuego para ser quemado. Y también se había quitado el dominio de las otras bestias." Este es el texto de Daniel, relatado sucintamente, en la medida en que lo necesitamos ahora. La explicación sigue en el mismo capítulo, donde dice¹: "Me acerqué a uno de los asistentes y le pregunté la verdad acerca de todo esto. Y él me lo interpretó, dándome la siguiente explicación: "Estas cuatro bestias son cuatro imperios que se levantarán en la tierra. Pero los santos del Altísimo poseerán el reino eternamente". Luego quise saber qué era la cuarta bestia, la que era tan cruel y tenía dientes y patas de hierro, y que devoraba y despedazaba, pisoteando las sobras. Asimismo, quise saber qué eran los diez cuernos de su cabeza; y también qué era el otro cuerno delante del cual habían caído tres cuernos; y además qué era aquel cuerno que tenía ojos y una boca que hablaba cosas terribles y que era más grande que los otros.

"Y seguí observando, y vi que ese cuerno hacía guerra contra los santos y los vencía hasta que se presentó el Anciano e hizo juicio, junto con los santos del Altísimo, y llegó la hora de que los santos poseyeran el reino.

"Y él me habló así: La cuarta bestia será el cuarto imperio en la tierra, que será más grande que todos los reinos, el cual devorará, destrozará y despedazará todos los países. Y los diez cuernos son diez reyes correspondientes a ese imperio. Después de ellos, se levantará otro cuerno que será más poderoso que los primeros, el cual someterá a tres reyes. Y hablará contra el Altísimo, y quebrantará a los santos del Altísimo. Y se atreverá a cambiar órdenes y leyes, las cuales estarán en sus manos por un tiempo, por algo más de tiempo y otro poco de tiempo. Y entonces se hará el juicio, para que le sea quitado el dominio, y sea destruido y por último aniquilado. Pero el reino, el dominio y el poder que hay debajo del cielo será entregado a los santos del Altísimo, cuyo reino es eterno, y todos los reyes les servirán y obedecerán".

Esta profecía de Daniel ha sido interpretada unánimemente por todos los maestros como refiriéndose a los siguientes cuatro imperios: el primero es el imperio de Asiría y Babilonia; el segundo, el imperio de los persas y medos; el tercero, el imperio de Alejandro Magno y de los griegos; el cuarto es el imperio romano, el más grande, poderoso y cruel; y es además el último en la tierra, como indica claramente Daniel en el pasaje citado, pues dice que después de la cuarta bestia o imperio vendrá el juicio, y que no le seguirá ningún otro imperio, sino el reino de los santos, que es eterno, etc. Puesto que es seguro y no admite dudas que el imperio romano es el último en la tierra, como también lo indica Daniel en el segundo capítulo 1—mediante la gran imagen o columna con cabeza de oro, pecho de plata, caderas de bronce y muslos de hierro—, se deduce que el turco forma parte del imperio romano y está comprendido dentro de la cuarta bestia. Pues está resuelto que el imperio romano sea el último, y por consiguiente el turco nunca será ni podrá ser tan poderoso como el imperio romano. De otro modo, surgirían cinco y no cuatro imperios en la tierra. Por consiguiente, el turco no será emperador ni establecerá un nuevo o propio imperio, como evidentemente pretende. Pero ha de fracasar y fracasará, pues de otro modo Daniel se tornaría mentiroso, cosa que no es posible. Ya que el turco es, sin embargo, tan grande y poderoso y ha de pertenecer al imperio romano, hemos de buscarlo en él y hallarlo entre los cuernos de la cuarta bestia. Pues una cosa tan poderosa debe estar anunciada en las Escrituras. Pues bien; "cuerno" significa reino en las Escrituras, como dice el propio Daniel en el pasaje

¹ Deum. 7:16 en adelante.

mencionado². Los diez cuernos son diez reyes que pertenecen al cuarto imperio. Así, pues, el turco no puede ser ninguno de los diez, pues esos cuernos son los reinos que pertenecieron al imperio romano en el apogeo de su poder, es decir: España, Francia, Italia, África, Egipto, Siria, Asia, Grecia, Alemania, etc. Estos países han estado todos bajo el pleno poder de los romanos antes de que apareciera Mahoma o el turco. Daniel dice, pues, que sólo después de esos diez cuernos surge el pequeño cuerno entre ellos.

Así aparece el turco. Pues, de la misma manera como surge un pequeño cuerno entre los diez, arrancando a tres de ellos, así debía surgir un reino que creciera en medio de los susodichos países y reinos de la cuarta bestia o imperio, venciendo a tres de ellos. Los hechos también indican y demuestran, coincidiendo con el texto, que Mahoma debe ser ese pequeño cuerno. Pues surgió de humilde origen, pero ha crecido de tal modo que arrancó y quitó tres cuernos al imperio romano, es decir: Egipto, Grecia y Asia. Pues el sultán y los sarracenos han poseído durante mucho tiempo estos dos cuernos o reinos: Egipto y Asia, permaneciendo en ellos, así como el turco los ocupa hasta nuestros días, habiendo conquistado además el tercer cuerno: Grecia. Ningún otro lo ha hecho, teniendo nosotros a la vista lo que ha sucedido: aquí está el reino de Mahoma, que es sin duda el pequeño cuerno.

Así pues, aun cuando el turco haya expulsado al sultán y conquistado esos países, teniendo no obstante su corte o sede en otro lugar que el sultán, no por eso es otro reino nuevo, sino el mismo de Mahoma. Pues ambos, tanto el sultán como el turco, profesan la misma fe, la de Mahoma. Que uno destituya al otro es cosa que ha sucedido en casi todos los imperios, donde un hermano ha expulsado al otro y un prefecto ha desterrado a su amo. Así sucedió en Persia, donde la corte y sede imperial fue trasladada de Media a Persia, permaneciendo sin embargo el mismo imperio, y el imperio de Asiría fue trasladado de Nínive a Babilonia; y el imperio romano se mudó de Roma a Constantinopla³. Así también ahora se ha trasladado el reino de Mahoma con su corte de El Cairo a Constantinopla, aunque sigue siendo el mismo reino de Mahoma. Porque las personas y las cortes bien pueden cambiar en un reino, y sin embargo el reino en sí sigue siendo el mismo en su modo de ser, régimen, fe y en todo su sistema.

Ya que, pues, tenemos ciertamente aquí el cuerno pequeño, es decir a Mahoma y su reino, podemos aprender fácilmente y con claridad de Daniel cómo debemos considerar al turco y el reino mahometano, y también qué vale delante de Dios. En primer lugar, habrá de ser un señor poderoso, al conquistar y dominar tres cuernos del reino romano, es decir tres de los mejores reinos: Egipto, Grecia y Asia, con lo cual es más poderoso que ningún otro de los diez cuernos. Así lo dice claramente el texto, cosa que también demuestran los hechos; pues no ha existido rey bajo los romanos —como Francia, España, Italia, Alemania, etc.— que haya sido tan poderoso como el reino turco o mahometano, que posee ahora el turco. Y está establecido en medio del imperio romano, en efecto, en el palacio del emperador romano en Constantino-pía, como indica el cuerno pequeño entre los diez cuernos de la cuarta bestia.

En segundo lugar, el cuerno tiene ojos humanos, que es el Alcorán o ley de Mahoma, con la que gobierna. En esta ley no hay ojo divino, sino mera razón humana, sin palabra y espíritu de Dios. Pues su ley no enseña sino lo que la inteligencia y la razón humana pueden aceptar. Y lo que en el evangelio le ha resultado demasiado elevado y difícil de creer, lo ha eliminado, particularmente que Cristo es Dios y que nos ha redimido con su muerte, etcétera. A esto se refiere Daniel cuando interpreta el ojo del cuerno, diciendo: "Se atreverá a cambiar la ley y el orden", es decir, el orden de Dios, como el evangelio y la doctrina cristiana.

² Daniel 7:24.

³ Constantinopla fue la capital del imperio otomano desde su conquista en 1453 hasta 1918.

En tercer lugar, tiene una boca que habla cosas terribles, que son las blasfemias atroces con las cuales Mahoma no sólo niega a Cristo, sino que lo suprime por completo, afirmando que él es superior a Cristo y más digno delante de Dios que todos los ángeles, todos los santos, todas las criaturas, y aun que Cristo mismo. Así se dice claramente en su Alcorán, y de lo cual los turcos se jactan todos los días, practicando esta blasfemia cada vez más a medida que pasa el tiempo. Por eso Daniel habla en este pasaje del cuerno, interpretando así su boca grande: hablará contra el Altísimo, es decir enseñará en contra de Cristo, vilipendiándolo e insultándolo al no aceptarlo como el Supremo, sino como un profeta inferior y menos importante que él mismo, afirmando que la doctrina de Cristo ha llegado a su término con la aparición de Mahoma.

En cuarto lugar, hace la guerra contra los santos del Altísimo. Esto no creo que necesite glosa ninguna, pues lo hemos visto y experimentado hasta ahora. Pues el turco no es enemigo de ningún pueblo sobre la tierra como de los cristianos; ni lucha contra nadie con tanta sed de sangre como contra ellos, para que se cumpla esta profecía de Daniel. El profeta llama a los cristianos santos del Altísimo. Pues, si bien hay muchos falsos cristianos en la muchedumbre, pero si permanece en un país el evangelio y sacramento ordenado por Cristo, de seguro que hay en ese país muchos cristianos. Y por muy pocos que haya, sin embargo, por causa de su fe, predicación y evangelio, en efecto, por causa de Cristo, cuyo nombre, palabra, espíritu y sacramento se encuentran allí, se llama 16 a ese país tierra de cristianos y verdaderos santos de Dios. Por esa razón, todavía hay muchos cristianos en Turquía, y quizá más que en otro país, como los cautivos que han sido vencidos y tienen que servir al turco, como lo afirma Daniel al decir que vencería a los santos y los dominaría.

Así sucedió al pueblo de Israel en la época del profeta Elías, cuando había tanta gente mala y tan poca buena que Elías mismo creía estar solo, por lo cual prefería estar muerto, encontrándose sin embargo siete mil que Dios había conservado piadosos y santos, por causa de los cuales el pueblo de Israel se llamaba, no obstante, pueblo de Dios y santos de Dios, entre los cuales moraba su nombre, palabra y Espíritu. Lo mismo ha sucedido y aún sucede bajo el papado, donde todo estaba tan pervertido por doctrinas y obras humanas que ya no era posible ver siquiera un cristiano. Sin embargo, deben de haber habido algunos, porque permanecía el nombre de Cristo, el bautismo, el evangelio, el sacramento, etc., por causa de los cuales se llama a todo el país tierra de" cristianos y a ellos se los llama cristiandad o pueblo de Dios y santos de Dios; pues San Pablo dice en 2ª Tesalonicenses 4 que el anticristo, el papa, se sentaría en el templo de Dios; y, pues, como dice Daniel, el templo de Dios es la cristiandad o los santos de Dios.

Además, en este pasaje de Daniel hay que prestar más atención y juzgar más por la opinión y voluntad del turco que por el número de cristianos. Pues el turco no toma en cuenta ni discrimina cuántos o cuan pocos cristianos santos hay entre nosotros. Los considera a todos por igual, tomándonos a todos por cristianos, porque el nombre de Cristo es común i. todos nosotros. Pues él es enemigo del nombre cristiano, el cual el diablo querría suprimir con la espada de Mahoma, del mismo modo que lo reprime entre nosotros por medio de la falsa doctrina, queriéndose vengar así de nuestro Señor Cristo. Así, pues, Daniel quiere decir que, según el saber y entender del turco, todos aquellos contra quienes lucha son cristianos —es decir, santos de Dios—, y considera que no hay peor pueblo en la tierra que los cristianos. Por eso los turcos nos llaman paganos, considerándose a sí mismos como el pueblo más santo sobre la tierra.

En quinto lugar, como se ha dicho, tendrá éxito en la guerra contra los cristianos, obteniendo por lo general la victoria y el triunfo. Esta circunstancia torna a los turcos tan orgullosos, obstinados y seguros de su fe que no dudan en ningún momento, considerando que su fe es verdadera y la de los cristianos falsa, ya que Dios les otorga tantas victorias y abandona a los cristianos. Pero no saben que en este pasaje de Daniel se anuncia de antemano que los

cristianos serán castigados en esta tierra por sus pecados y que los inocentes serán hechos mártires. Pues Cristo necesita mártires, y por eso ha permitido siempre que los suyos sean sometidos corporalmente y sean débiles; y, en cambio, que sus enemigos triunfen y sean poderosos, purificando y limpiando así a los suyos. Pero luego, cuando sus enemigos se han encumbrado al máximo, los castiga con el fuego eterno para siempre. De este juicio y modo de proceder no sabe nada esta gente necia y ciega, y consideran, al aparentar Cristo tanta debilidad, que no hay pueblo más grato que ellos sobre la tierra. Ellos avanzan vigorosamente; pero súbitamente se dará vuelta el asunto, como se dice a continuación.

En sexto lugar, después del reino y furor del turco, vendrá rápidamente el día final y el reino de los santos, como dice Daniel al señalar que la guerra y la victoria del cuerno durarán hasta que llegue el Anciano y se constituya en juez. Los turcos tampoco creen en esta amenaza y terrible juicio, con el cual Dios nos redimirá y los arrojará a ellos al infierno. Pero nadie puede saber por cuánto tiempo será tan victorioso, pues Cristo dice que nadie sabrá el día, sino sólo el Padre. También Daniel lo dice con palabras oscuras: "Serán entregados en su mano por un tiempo, por algo más de tiempo y otro poco de tiempo, y entonces se hará el juicio".

De esto se desprende que el reino de los turcos será destruido desde el cielo, y que no surgirá ningún rey que lo someta y que llegue a ser más poderoso después de él. Pues Daniel también dice aquí que el cuerpo de la cuarta bestia, después de las horribles blasfemias del cuerno pequeño, será arrojado al fuego para ser quemado. Así también se dice en Apocalipsis, capítulo 20 —, que Gog y Magog serán consumidos por el fuego desde el cielo. De la misma manera escribe Ezequiel, capítulo 39, que Dios hará llover azufre sobre Gog y Magog y su ejército. Pues bien, no hay duda de que Gog es el turco, el cual ha venido de la tierra de Gog o de los tártaros en Asia, como lo demuestra la historia.

Sin embargo, ya que Cristo ha indicado señales por las que se puede conocer cuándo será inminente el día del juicio y, por consiguiente, cuándo terminará el reino del turco, podemos vaticinar por cierto que el día final está a la puerta. Pues, por cuanto Daniel dice aquí que en la cuarta bestia el cuarto cuerno será el más poderoso y el último, y por cuanto vemos claramente que entre los países del imperio romano no hay ninguno más poderoso que el turco, y que después de él no vendrá otro, por consiguiente la Escritura ya se ha cumplido por lo que concierne al turco, pues éste ha arrancado tres cuernos — como se ha dicho —, y Daniel no concede otro. Sobre la base de esto, es de esperar que el turco no conquistará en adelante ningún otro país del imperio romano. Y por tanto, lo que hace ahora en Hungría y Alemania será la última lucha y pelea que tendrá con los nuestros, y los nuestros con él; con lo cual habrá de acabar todo. Podrá molestar a Hungría y Alemania, pero su dominio no será tan indisputado como en Asia y Egipto; pues Daniel le concede tres cuernos y nada más; de modo que si quita y arranca algo en las fronteras y países vecinos, esto no será más que el último trago de la noche.

Por eso la guerra y victoria de Mahoma, de la cual habla Daniel, se ha producido y verificado principalmente en Asia, Grecia y Egipto. Y llegará a su fin cuando sea más poderoso y esté mejor apercebido, procediendo y conduciéndose con la máxima seguridad y creyendo que nadie se le puede oponer ni ofrecerle resistencia, y pretenda todavía conquistar muchas tierras. Precisamente cuando llegue el momento en que tenga grandes ambiciones, en que sea altanero y ávido, Cristo caerá sobre él con azufre y fuego, requiriéndole por qué ha perseguido y vejado sin motivo y de modo tan terrible a sus santos, los cuales no le habían hecho daño alguno. Amén. Pues la Escritura se ha cumplido por completo, habiendo aparecido en los últimos tiempos tantas señales; y mientras existe una luz tan grande del evangelio, cunden las blasfemias más atroces, la temeridad y la abominación en el mundo, como nunca han existido y que tampoco pueden ser peores, cosa que tiene que quebrarse y acabar.

Hasta aquí hemos visto cómo debemos considerar al turco y su reino mahometano según las Sagradas Escrituras, es decir, como enemigo de Dios y detractor y perseguidor de Cristo y de sus santos, mediante la espada y la guerra, porque está dispuesto y presto a ensañarse con la espada y la guerra contra Cristo y los suyos. Porque, si bien en tiempos pasados otros reyes también persiguieron a los cristianos con la espada, su reino sin embargo no estaba fundado ni dispuesto primordialmente para blasfemar y guerrear contra Cristo, sino que ha sucedido por casualidad y por abuso. Si un rey los perseguía, otro era bondadoso y los toleraba. No fueron, pues, los reinos o regímenes en sí adversos a Cristo, sino que las personas regentes eran a veces malas. En cambio, la espada y el reino de Mahoma está dirigido en sí mismo, frontalmente contra Cristo, como si no tuviera otra cosa que hacer o no pudiera usar mejor su espada que maldiciendo y luchando contra Cristo, cosa que demuestran su Alcorán y los hechos.

De lo dicho cada cual puede orientar y asegurar su conciencia, si se le exige luchar contra los turcos, cómo debe pensar y conducirse. Es decir: no debe abrigar dudas de que quien combate a los turcos —si éstos empiezan la guerra— está peleando contra los enemigos de Dios y los detractores de Cristo y, en efecto, contra el propio diablo. De manera, pues, que cuando mata a un turco no debe preocuparse de que ha derramado sangre inocente o ha matado a un cristiano, sino que ciertamente ha matado a un enemigo de Dios y detractor de Cristo. Dios mismo, en el escrito de Daniel, lo ha condenado al infierno como adversario de Cristo y de sus santos. En el ejército turco no puede haber ningún cristiano, ni adepto a Dios, a no ser uno que niegue y se convierta así también en adversario de Dios y de sus santos, sino que todos pertenecen al diablo y están poseídos por él, como lo están su señor Mahoma y el propio emperador turco. Pues se deben captar bien las palabras de Daniel y advertir que atribuye al pequeño cuerno la boca que difama a Dios y la lucha contra los santos de Dios, palabras que no atestiguan nada bueno del turco y de Mahoma, sino toda maldad y malicia.

Por esa razón, aconsejé empeñosamente en mi libro anterior, que no se emprendiese la guerra contra los turcos bajo el nombre cristiano, ni se iniciase la lucha contra él como enemigo de los cristianos. Pues aquí se nos dice que se ha augurado a Mahoma o al turco la victoria sobre los cristianos y santos, tal como ha sucedido con los tres cuernos que ha arrancado, es decir, Grecia, Asia y Egipto. Cristo quiere ser débil y sufrir en la tierra con los suyos, para hacer necios y avergonzar a los poderosos, usando el furor de éstos para que ellos —si bien inconscientemente— llenen el cielo de mártires y santos, con lo que su reino se llenará más pronto y él venga en juicio para dar a los tiranos su merecido, antes de que se lo imaginen.

Por lo contrario, he aconsejado y todavía aconsejo que cada cual se esfuerce por ser cristiano, estando dispuesto y listo para sufrir por parte del turco o de cualquiera. Pero no debes pelear como cristiano, o bajo este nombre, sino dejar que guerreen los soberanos temporales. Bajo su bandera has de ir a la guerra, como súbdito temporal, según el cuerpo, por haber jurado obediencia a tu príncipe con cuerpo y bienes. Esto res lo que Dios exige de ti, según Romanos 13 y Tito 3; especialmente cuando la guerra no se emprende por soberbia, para obtener bienes y honra, sino para defender y proteger al país y sus habitantes, mujeres, niños, etc., como es el caso en esta guerra contra los turcos. Así, por ejemplo leemos del amado San Mauricio y sus compañeros y muchos otros santos, los cuales iban a la guerra, no como cristianos ni contra ellos, sino como sumisos y obedientes ciudadanos y soldados, siendo convocados por el emperador u otras autoridades a quienes estaban obligados a servir con cuerpo y bienes; por lo cual no se les llamaba ejército o tropa cristiana, sino tropa o ejército imperial.

Así, pues, podrás seguir con buena conciencia, y podrás ser un hombre valiente e intrépido, ya que este corazón y ánimo darán sin duda más fuerza a tu cuerpo y cabalgadura. Porque estarás seguro que vas a la guerra y luchas en obediencia a tu soberano y por voluntad y

orden de Dios, el cual te ha impuesto este servicio militar y quiere que lo cumplas. Así tampoco debes preocuparte ni temer que derramarás sangre inocente en el ejército turco, pues aquí oyes que están condenados a muerte e infierno por parte de Dios como enemigos suyos. Y él te ordena, por medio de tu soberano, a ejecutar esa condena contra el turco, por la cual tu brazo y dardo se llaman y son brazo y dardo de Dios, de modo que eres verdugo de Dios, el altísimo Señor, contra su gran enemigo condenado. ¿Cómo podrías luchar de manera más íntegra y loable? En cambio, si sucede que te acuchilla o mata a golpes, ¿cómo podrías tener una muerte más digna, si por lo demás eres un cristiano? Pues, en primer lugar, aquí está Daniel que te hace santo al decir que el turco lucha contra los santos de Dios; de modo que del lado de los turcos existe el riesgo de que, como asesino, derrame solamente sangre inocente y santa, y que haga tantos mártires cuantos mate de nuestro lado. Pues es seguro que toda la sangre que derrama es inocente, porque ataca a quienes no tiene derecho ni motivo para hacerlo, llevando a cabo esta matanza sin mandato ni necesidad. También es seguro que ocasiona muchos mártires, pues ha de haber cristianos, ya que el turco lucha contra los santos, como dice Daniel, convirtiéndose el turco en tu persona en lo que Daniel dice de él, vale decir, que es un asesino de santos y hacedor de mártires. En segundo lugar, está tu conciencia tranquila de que te encuentras y eres muerto en sencilla obediencia a tu soberano, por mandato de Dios. Y aun cuando existiera la alternativa, deberías preferir cien mil veces ser un cristiano y ciudadano o soldado obediente, acuchillado por el turco, que obtener la victoria del emperador turco con todos sus bienes y honores. Pues, como se ha dicho, eres sin duda un santo si procedes como cristiano y luchas por obediencia; e indudablemente el cielo será tuyo. ¿Y qué es la victoria y el honor del turco, y aun del mundo entero, en comparación con el cielo y la vida eterna?

Piensa qué habrías hecho, de vivir en los tiempos de los mártires, cuando los malos emperadores y tiranos te hubiesen matado por causa de Cristo, o qué harías ahora si te degollaran el papa, los obispos, nuestro emperador o los tiranos por causa del evangelio, como le sucede a muchos. Tendrías que creer, no obstante, que te harían santo o mártir, y estar seguro de que te hallarías en el debido estado de obediencia. ¿Qué es el turco en su lucha sino un tirano malvado de esa índole, que mata a los santos de Dios y los hace mártires? Sólo que él lo hace con toda fuerza y sin pausa, ocasionando más santos que todos los demás, pues corresponde que al fin del mundo el diablo aplique a nuestro Señor Cristo un último gran golpe. En efecto, es una palabra muy acertada cuando Daniel dice que el turco no martirizará a algunos santos aislados, como otros reyes, sino que los atacará y los vencerá por la guerra y con toda su fuerza. Pues en la guerra tienen que sucumbir muchos más santos que los pocos mártires aislados que de vez en cuando son atormentados al margen de la guerra.

Además, bien sabes que alguna vez tendrás que morir, y que no hay día ni hora en que estés seguro de la muerte. ¿Y si esa guerra contra el turco fuese precisamente tu hora suprema ordenada por Dios? ¿Acaso no deberías preferir, y aun con agrado entregarte a Dios a una muerte tan digna y santa —teniendo motivos, mandatos y órdenes divinos, y estando seguro además de que no morirás en tus pecados, sino en obediencia al mandato de Dios, y que quizás en un momento te librarás de toda miseria, subiendo al cielo con Cristo—, en vez de tener que yacer en tu lecho, luchando, peleando, pugnando y lidiando en gran peligro y angustia con tus pecados, con la muerte y el diablo, sin tener ese magnífico mandato y orden de Dios? En este caso mueres sólo por ti mismo, consumiéndote una miserable úlcera o peste; en el otro caso, dice Daniel, mueren contigo muchos santos, tendrás muchos compañeros piadosos, santos y amados que te acompañen.

En suma, ¿quién puede mencionar todos los peligros de muerte a que estamos expuestos todos los días en el agua, por el fuego, en el campo, en la casa, en aire y tierra? Nos rodean

muchas pestes y animales rapaces. Uno se cae del techo, el otro de su cabalgadura, el tercero se hiere con su propio puñal. Algunos se ahorcan, se apuñalan o se ahogan. Uno perece de una manera, el otro de otra manera. A uno lo matan por dinero, al otro por una mujer, al tercero por una palabra, y a algunos incluso por hacer el bien. Toda clase de muertes se pueden esperar diariamente. Sin embargo, muchos se arriesgan con alegría sin que haya causa justa o mandato divino, siendo además el viaje peligroso y dudoso cómo se ha de llegar. En este caso, pues, no es momento de mostrarse perezosos o pusilánimes, ya que contamos con expreso mandato de Dios y con su aprobación, haciéndolo en obediencia a la autoridad, con cuerpo y bienes. Además, si somos hallados cristianos, recibiremos seguramente la vida eterna con los santos. De todos modos, habría que buscar esta clase de muerte en los confines de la tierra cuando llegue la hora. Y quien no se conmueva con todo esto, no se le puede desear maldición más merecida que caer en manos del turco y volverse turco, siervo del diablo, como lo es su señor el turco, condenado por Dios a la muerte e infierno.

Todo esto lo digo para los que son cristianos o quisieran serlo, a fin de que sepan cómo conducirse y consolarse en estos tiempos, de modo que no se amedrenten demasiado frente al turco, ni frente al diablo, su dios. Pues aun cuando el turco devorase a todos los cristianos —si tal cosa fuere posible— no habría ganado nada con ello, sino que su condenación fuese tanto mayor y llegase más pronto, y que los cristianos llegasen tanto antes al cielo. Por más airado y furioso que sea, junto con todos los diablos, tendrá que ser esclavo y servidor de los cristianos, ayudándoles para su bien precisamente con lo que pretende arruinarlos. Pues aquí está Daniel quien dice que son santos todos los que mata y degüella. Y San Pedro dice: "¿Quién es el que os podrá dañar si vosotros seguís el bien?" Así también David en el Salmo 116: "¡Oh, cuan estimada es a los ojos del señor la muerte de sus santos!" Y en el Salmo 72, dice: "La sangre de ellos será preciosa ante sus ojos". Estos textos magníficos y consoladores, como también otros similares, demuestran que el turco es un asesino de santos, provocándose con esto a sí mismo el mayor daño para siempre. Por otra parte, su cólera y matanza ha de servir a los cristianos temporalmente para alcanzar gran gloria eterna, a pesar suyo, sin su voluntad ni conocimiento.

¿Quién engaña y mata, pues, de la mejor manera al otro? El turco mata a los cristianos temporalmente para la vida eterna. Pero con el mismo acto se mata a sí mismo para el fuego eterno del infierno, juntamente con todos los diablos. Pues, como hemos oído, a los cristianos los amparan magníficos y contundentes pasajes de la Escritura. Y Daniel los llama santos, mientras que al turco lo denomina asesino de santos. No ganará, pues, mucho con ello, y los cristianos perderán poco. Pero con esto Mahoma y los suyos recibirán su merecido, y vengarán a los cristianos en sí mismos, recibiendo de sí mismos la recompensa. Por eso no considero una obra maestra que el turco, para amedrentar a los cristianos, despedace a los niños, los degüelle y los empale en las cercas, matando y tratando con crueldad a todo lo que no pueda movilizarse. Es, más bien, una gran obra necia, incluso ante el mundo; pues con esto no se amedrenta a ningún hombre piadoso, al ver que despedazan y atraviesan con la lanza a su hijo y a su mujer. Por el contrario, se enfada y enfurece, arriesgando y jugándose el resto. Y si lo matan, los restantes se volverán aun más furiosos y airados, arriesgando también todo en contra de estos hijos del diablo. Pero para los cristianos esta seña es tanto menos terrible cuanto que saben que tales pobres niños y personas piadosas atravesadas polla espada y despedazadas no son sino santos; y que el turco no les podría hacer ni la centésima parte de servicio nombrándolos emperador de los turcos que tratándolos con tanta crueldad por la ira del diablo. Pues con ello los ofrece en sacrificio a Dios en el cielo. Y tampoco podría el mundo entero tomarse de él más cabal y magnífica venganza que el castigo que él mismo se inflige en tales personas, pues él mismo se arroja con ello al abismo del infierno.

Pues sí, dices tú, él se ríe de esto y no se preocupa de ello, como tampoco todos los suyos. Pues adelante, que se ría; tampoco es digno de que lo crea o lo sepa. Cristo pronto hará desaparecer su risa y le enseñará bien todo esto. Pues esto lo escribo —como he dicho— para consuelo de los cristianos y no para que se rían los turcos o sus adeptos. Daniel ya lo ha descrito suficientemente para nosotros, diciendo que es enemigo y detractor de Dios, condenado al fuego del infierno. Si se desprecia lo que dice Daniel, no importa que se rían de mi escrito. Tenemos el texto de la Escritura, que no miente ni engaña, donde se dice que son santos de Dios aquellos contra los que pelea el turco. Y si son santos de Dios, el cristiano no pregunta mucho cuán cruelmente el turco o el diablo trata a los niños y cristianos externamente en el cuerpo, pues ha de haber ángeles que velen por sus almas, llevándolas en sus manos y conduciéndolas al cielo. Pues está escrito, Salmo 91: "Ha ordenado a sus ángeles acerca de ti, que te lleven en las manos, para que no tropiece tu pie contra piedra". Así también dice Cristo en Mateo 13: "En verdad os digo que sus ángeles ven en todo tiempo el rostro de mi Padre en el cielo".

Leemos en el libro de los Reyes que el profeta Elíseo mostró a su criado montes enteros llenos de carros de fuego y jinetes para oponerse a los sirios. Si en aquel tiempo hubo tantos ángeles alrededor de la ciudad para protección física, cuánto más, crees tú, que estarán presentes los ángeles en esta lucha, recibiendo y protegiendo espiritualmente el alma de los cristianos, o, como dice Daniel, de los santos de Dios. Pues ya he señalado más arriba que los cristianos no siempre son protegidos corporalmente por ángeles, como en el Antiguo Testamento, pues Cristo quiere y debe sufrir aquí en la tierra, ser débil y dejarse matar, para que su reino aumente con rapidez y se llene. Porque su reino no está físicamente en la tierra, de modo que su lucha es más fuerte cuando hay mucho padecimiento y muchos mártires. Pues así le contesta a San Pablo — en 2 Corintios, capítulo 12 ": "Bástate mi gracia, pues mi poder se perfecciona en la debilidad".

Así también hacen los cristianos en este caso. Les basta la gracia de que son cristianos y santos de Dios, por medio de Cristo nuestro señor, como dice Daniel. Y si no es posible de otro modo, dejan que los turcos obtengan la victoria, se jacten y enorgullezcan, mientras que ellos permanecen débiles y se dejan torturar. Pues advierten que al morir ellos sólo hay ángeles que velan por sus almas, mientras que en el ejército turco sólo hay diablos que velan por las almas de los turcos, y que los arrojan al abismo del infierno. No quiere decir que arrojen las armas y se dejen matar por los turcos desarmados, como lo han hecho los mártires fuera de la guerra, cosa que todavía hacen y que deben hacer. Antes bien, por estar sujetos los cristianos con cuerpos y bienes a la autoridad temporal, y todos ellos, al ser convocados cada uno por su respectiva autoridad a pelear contra los turcos, deben proceder como fieles y obedientes súbditos —cosa que seguramente hacen si son cristianos—, usando la fuerza física con gusto, golpeando, matando, asolando y provocando todo el daño posible con toda confianza, mientras sean capaces de mover un músculo. Porque esto se lo ordena su autoridad secular, a la cual deben esta obediencia y servicio, cosa que Dios quiere de ellos hasta la muerte, Romanos 13 y Tito 3.

Así también hicieron los mártires en tiempos pasados, como dije antes. Cuando eran convocados por el emperador contra algún tirano u otro enemigo, no arrojaban por cierto las armas y se dejaban matar, como pretendería el tirano, pues así no habrían servido debidamente a su rey, sino que le habrían provocado un gran daño. Por el contrario, usaban confiadamente la fuerza física y, conforme al mandato de su señor, apuñalaban y golpeaban alegremente, sabiendo muy bien y pensando que en este caso no estaban obligados a luchar, matar y hacer daño a los enemigos como cristianos, sino como servidores y súbditos del emperador, con cuerpo y bienes. Y los que eran muertos, se convertían todos en santos, por haber sido hallados no sólo verdaderos cristianos, sino también súbditos piadosos, obedientes y fieles. Así también deben proceder ahora los cristianos, pues el turco es enemigo y tirano, no sólo contra Cristo, sino también contra el

emperador y nuestra autoridad. Por consiguiente, si los convoca la autoridad, deben ir a la guerra y luchar como súbditos obedientes. Si por ellos son muertos, adelante, pues no sólo son cristianos, sino también súbditos obedientes y fieles que han sacrificado cuerpo y bienes en favor de superiores, por obediencia a Dios: son bienaventurados y santos para siempre, como el piadoso Urías.

No obstante, por ser el turco ciertamente el azote de Dios y una plaga por el pecado, tanto de los cristianos como de los no cristianos o cristianos falsos, el consuelo y la confianza de que venimos hablando no todo el mundo debe hacerlos suyos, diciendo atrevidamente: yo soy cristiano, quiero luchar. Antes bien, debe primero convertirse y enmendar su vida, llegando de esta manera, con temor y oración sincera, a ese consuelo y confianza. Pues, como he dicho más arriba, Alemania está tan plagada de maldad y blasfemia, que rebasa todo límite y clama al cielo, de modo que la situación no puede modificarse si no nos enmendamos y dejamos de perseguir y blasfemar el evangelio, debiendo entonces recibir el castigo y soportar el azote. Si no lo hace el turco, lo hará otro, a no ser que llegue el día del juicio. Sea castigo o día postrero lo que venga, quien sea cristiano y se haya enmendado podrá soportarlo y será salvado; los demás tendrán que ser castigados y se perderán. Sobre este tema, de que debemos enmendarnos y orar, he escrito bastante en aquel opúsculo sobre la guerra contra los turcos, de modo que no es necesario reiterarlo aquí.

Con lo dicho baste para la primera parte de este sermón, es decir, lo referente a la instrucción y consolación de las conciencias. Ahora, pues, nos ocuparemos también de lo otro: exhortar al uso de la fuerza. Quiere decir, que debemos arriesgar el cuerpo y los bienes sin titubear, y que cuando la autoridad nos exija esta contribución para la presente lucha, que la ofrezcamos, como es obligación según Romanos 13. Asimismo, si te exige el cuerpo o la vida, también se debe acudir, pues Dios exige obediencia. Pues nuestros señores de la nobleza han tenido hasta ahora suficientes francachelas, comilonas, torneos, pavoneos y ostentaciones, volcando fuera de Alemania todo el dinero, con lo cual —sin tener en cuenta los pecados contra Dios— se han arruinado en cuerpo y bienes. Es hora de que también pongan a prueba su condición y oficio, demostrando de una vez seriamente que son de la nobleza. Asimismo, la gente de la ciudad y los comerciantes también han satisfecho durante suficiente tiempo sus deseos con excesivo lujo, indecible usura y avaricia. Si durante tanto tiempo han gastado en vestimenta, derrochado o acumulado tantos cientos de miles de escudos, que den una vez algo de ello por penitencia, por causa de su soberbia, aparte del hecho de que hasta ahora han tenido paz y tranquilidad y han abusado de ella.

Así también los artesanos y campesinos se han merecido desde hace tiempo una buena penitencia por poner sobreprecio, esquilmar, robar y hurtar, además de otros grandes desmanes y desobediencia. Particularmente desde que salió a luz el evangelio, por el que han llegado a ser libres y ricos, liberados de esquilmadores y monjes mendicantes, de modo que consideran no ser necesario dar a Dios ni a ninguno de sus ministros, sino sólo acaparar y acumular para sí, poner sobreprecio en el mercado, que es lo mismo que robar directamente del bolsillo. Además, han gozado hasta ahora de mucha paz, han bebido, bailado y cantado con toda tranquilidad. Pues bien, lo que han ahorrado, robado y acumulado, lo que han escatimado a los predicadores y párrocos, todo esto lo habrán reunido para el hermano Vito, el lansquenete, quiéranlo o no. Los príncipes se lo quitarán sin miramientos para mantener a los combatientes. *Quod no tollit Christus, tollit fiscus*⁴. Así ha de suceder. Si no quisiste dar un escudo para la paz, por amor y

⁴ “Lo que no se lleva Cristo, se lo lleva el fisco”.

servicio de Dios, da ahora diez o veinte para la guerra, por castigo de Dios y penitencia. "Hemos recibido lo bueno del Señor —dice Job— ¿por qué no queremos soportar también lo malo?".

"Cada cosa tiene su tiempo", dice Salomón en Eclesiastés 2. Hasta ahora ha sido tiempo de paz, ahora es tiempo de guerra; hasta ahora ha sido de francachelas y lujos, ahora es tiempo de pesadumbres y fatigas; hasta ahora ha sido tiempo de usura, hurto y acaparamiento, ahora es tiempo de gastar, pagar o expender; hasta ahora ha sido tiempo de comer, beber, bailar, alegrarse y reírse, pero ahora es tiempo de tristeza, temor, terror y llanto; hasta ahora ha sido tiempo de descansar y dormir, de ocio y vida segura, ahora es tiempo de desvelo, inquietud, trabajo y defensa. Si pudimos aceptar gustosos esos tiempos, sin dar a Dios gracias ni reconocerlo, soportemos también estos malos tiempos, y aprendamos de ellos a agradecer por aquellos buenos tiempos.

En efecto, si Dios nos diera siempre buenos tiempos y permitiera que llenásemos la tierra hasta el cielo con toda maldad y petulancia, llamándonos al mismo tiempo nobles señores, lo soportaríamos de buena gana, acostumbrándonos a los días buenos y a la paz con toda clase de bribonadas. Pero nos duele que sobrevengan también tiempos malos y disturbios; torcemos los ojos y ponemos cara agria cuando debemos pagar tributos o ir personalmente a la guerra. ¡Bien hecho! ¿Por qué no prestaste atención antes cuando se te predicaba la palabra de Dios? Escucha, pues, al diablo en los turcos, tú que no quisiste escuchar a Dios en Cristo.

Si te resistes, y no quieres contribuir ni ir a la guerra, pues bien, ya te lo enseñará el turco cuando invada el país y haga contigo lo que acaba de hacer frente a Viena. Es decir, no te exigirá contribución ni que te alistes, sino que pondrá fuego a tu casa y propiedad, te quitará animales y alimento, dinero y bienes, te matará a lanzazos —en el mejor de los casos—, violará o matará a tu mujer e hija delante de tus ojos, despedazará a tus hijos y los clavará en las estacas de tu cerca. Y lo que es peor, todo esto tendrás que soportarlo y verlo con mala conciencia, en desesperación, como un no cristiano maldecido, como quien ha sido desobediente a Dios y su autoridad. O te llevará consigo a Turquía, donde te venderá como a un perro, de modo que toda tu vida tendrás que servir por un bocado de pan y un trago de agua, trabajando de continuo día y noche, azuzado con varas y palos, sin recibir no obstante retribución ni agradecimiento alguno. Y si se produce un ataque, serás del montón de desecho, y realizarás todas las tareas en el ejército. Y, además, no oirás nada del evangelio, nada de Cristo ni de la salvación de tu alma.

Entonces darías gustoso una de cada dos vacas por impuesto, y también ofrecerías gustoso la mitad de tus bienes, estarías dispuesto a ir a la guerra con tus príncipes, estarías dispuesto a mantener tú solo un predicador que únicamente te predique cuatro veces al año. Pero todo será en vano. Pues fíjate, esto es lo que quieres, es lo que estás buscando afanosamente ahora. Pues será el turco quien te enseñe qué buenos tiempos tienes ahora y cuan miserable, desgraciada y maliciosamente los has pasado, derrochado y perdido para con Dios, sus senadores y tus semejantes. El turco sabe cómo movilizar y humillar a la nobleza, cómo castigar y someter a la gente de la ciudad, cómo domeñar a los campesinos y hacerles pagar su petulancia. Reflexiona, pues, sé bueno y ruega a Dios que el turco no llegue a ser tu maestro. Esto es lo que te aconsejo, pues frente a Viena ha demostrado con sobrada atrocidad qué verdugo terrible e inhumano es.

Sería de desear —si es que nuestros pecados contra Dios nos dejaran tanta inteligencia y valor— que todos los alemanes tuviesen el ánimo de no permitir que los turcos les saqueasen ningún pueblecito, aldehuela, ni se dejasen desterrar. Antes bien, si la situación se tornase tan grave y calamitosa, que se resistiera quien pueda hacerlo, jóvenes y ancianos, hombres y mujeres, siervos y siervas, hasta que todos sean muertos, y además que ellos mismos incendien sus casas y propiedades, destruyéndolo todo, de modo que los turcos no encuentren nada más que niños pequeños a los cuales de todos modos acuchillan y despedazan, si a nosotros nos llevan vivos, de

manera" que no les podemos prestar ninguna ayuda. Todo esto ha de hacerse con previa oración a Dios, en la cual se encomiende todo a su gracia, y en obediencia a la autoridad, como se ha dicho antes. Sería por supuesto mejor dejarle al turco un país vacío que lleno. ¿Y quién sabe qué efecto tendría en los turcos este acto temerario? Si somos desterrados nuestra suerte será mucho peor que si somos muertos, como se ha oído antes. Y existe además el gran riesgo de que en Turquía apostatemos de la fe cristiana cayendo en el mahometismo, en el diablo del infierno.

Los mismos romanos relatan que las mujeres alemanas en tiempos pasados iban a la guerra y peleaban igual que los hombres. Cuando una joven o doncella no mataba a un enemigo era castigada obligándosele a permanecer soltera. Historias recientes de los turcos relatan que, cuando habían invadido a Lemnos, en Grecia, y acuchillado al guardia de la puerta, la hija del guardián, viendo muerto a su padre, tomó sus armas y resistió a los turcos en la puerta hasta que llegaron ciudadanos que los expulsaron. Los propios turcos también prefieren matarse antes que ser tomados prisioneros, y tampoco readmiten a ninguno que haya caído prisionero, aun cuando quisiera regresar a su patria.

Considero que ninguna casita es tan despreciable que al defenderla no se ocasione pérdida al enemigo. Con todo, de esto los militares saben mucho más que yo, cuestiones y situaciones de las cuales no entiendo nada. Me refiero a lo siguiente: ya que en tal caso hay que arriesgar, y no se puede esperar piedad de parte del turco si nos destierra, sino que hemos de padecer todo tipo de desgracia, escarnio y burla corporales, además del peligro espiritual de estar privados de la palabra, debiendo ser testigos de su escandalosa conducta mahometana, considero que es mejor encomendarse a Dios, y, por la debida obligación y obediencia a la autoridad, resistirse todo el tiempo que fuera posible y por cualquier medio, no dejándose tomar prisionero, sino matar, lanzar y acuchillar a los turcos hasta caer a tierra. Pues no vale la pena tratar de conservar la vida por los niños pequeños, ya-que —como has oído— los turcos acuchillan, despedazan y atacan a estos pequeñuelos y todo cuanto no pueden llevar consigo, de modo que de todas maneras no podrás auxiliarlos ni rescatarlos, sino que sólo verás mayor calamidad y miseria.

Y aun cuando se llevaran a los niños contigo, no has de esperar que les permitan permanecer a tu lado. Tal cosa no sucede. En Turquía se vende a los prisioneros cristianos como ganado y como cerdos, sin tomar en cuenta quién es padre, madre, hijo o mujer, vendiendo a la mujer en un lugar y al marido en otro. Lo mismo sucede también con los padres e hijos, de modo que nadie queda junto al otro, cosa que prefieren los compradores y vendedores. Por consiguiente, es preferible resistirse en el hogar de la patria y dejarse matar por amor de Dios y obediencia a la autoridad, más bien que entregarse a este riesgoso e ignominioso cautiverio. Este es mi sincero deseo, pero me barrunto que quedará en eso, en un deseo. Pues esto lo digo para bien de mis queridos alemanes cristianos que deseen gustosamente ser instruidos. Los otros no lo necesitan, pues ellos mismos tienen suficiente criterio, según su engreimiento. Pero si pretendemos pelear y oponer resistencia a los turcos, tendremos que cambiar de mentalidad y actuar y acostumbrarnos a otra cosa, tanto con el corazón como con la mano, que lo que estábamos acostumbrados hasta ahora.

Corresponde aquí que exprese una exhortación y consuelo para los alemanes que ya están cautivos en Turquía o que puedan caer prisioneros en lo futuro, siguiendo el ejemplo del santo profeta Jeremías 29, el cual también escribió una carta a Babilonia exhortando a los judíos cautivos para que tuviesen paciencia en su cautiverio, y permanezcan firmes en la fe hasta el momento de su liberación, y no sufriesen tropiezo por la fe y culto de los babilonios, que era majestuoso y de mucha esplendidez, de modo que muchos judíos apostataban. Pues así también oigo decir que muchos cristianos apostatan, aceptando voluntaria y espontáneamente la fe de los turcos o de Mahoma, por causa de la gran esplendidez de su culto. Por consiguiente, pon

atención mi querido hermano, permite que te advierta y exhorte a permanecer en la verdadera fe cristiana, y a no negar ni olvidar a tu amado Señor y Salvador Jesucristo, el cual murió por tus pecados.

Aprende, pues, al tener todavía ocasión y posibilidad, los diez mandamientos, tu Padrenuestro, el Credo, y apréndelos bien, particularmente el artículo donde decimos: "Y en Jesucristo su único Hijo, nuestro Señor, que fue engendrado del Espíritu Santo, nacido de la Virgen María; padeció bajo Poncio Pilatos, fue crucificado, muerto y sepultado; descendió a los infiernos; al tercer día resucitó de entre los muertos; y subió a los cielos y está sentado a la diestra del Dios Padre Todopoderoso; y desde allí ha de venir a juzgar a los vivos y a los muertos". Pues este artículo es lo importante, por este artículo nos llamamos cristianos, y por él hemos sido llamados mediante el evangelio, bautizados, incluidos y aceptados en la cristiandad, y por él recibimos el Espíritu Santo y el perdón de los pecados, además de la resurrección de los muertos y la vida eterna. Pues este artículo nos hace hijos de Dios y hermanos de Cristo, de modo que llegamos a ser eternamente sus iguales y coherederos.

Y por este artículo nuestra fe se distingue de todos los demás credos sobre la tierra. Pues los judíos no lo tienen, como tampoco los turcos y sarracenos, ni tampoco ningún papista ni falso cristiano, ni ningún otro incrédulo, sino sólo los verdaderos cristianos. Por consiguiente, si eres llevado a Turquía, donde no podrás contar con predicadores y libros, recita por ti mismo, ya sea en la cama o en el trabajo, sea con palabras o en el pensamiento, tu Padrenuestro, el Credo, los diez mandamientos, y cuando llegues a este artículo, aprieta con el pulgar uno de los otros dedos o hazte alguna otra señal con la mano o con el pie para inculcarte bien este artículo y captarlo correctamente, en particular cuando veas algo que te cause tropiezo entre los turcos o tengas alguna tentación. Y ruega con el Padrenuestro que Dios te guarde de tropiezo y te conserve inmaculado y firme en este artículo, pues de este artículo depende tu vida y salvación. Así también amonesta San Jeremías a sus judíos de Babilonia, para que cuando vean los ídolos de oro y plata, recuerden a su Dios en Jerusalén, diciéndose a sí mismos: "Señor, sólo a ti te debemos adorar, etc.". Lo mismo haz tú también. Si observas entre los turcos gran apariencia de santidad, no te dejes conmovir, sino di: aun cuando seas un ángel, sin embargo no eres Jesucristo; Señor Jesús, sólo en ti yo creo, ayúdame, etcétera.

De los tropiezos entre los turcos el principal es que sus sacerdotes o clérigos llevan una vida tan severa, esforzada y rígida, que uno quisiera tomarlos por ángeles, no considerándolos como hombres, a tal punto que nuestros religiosos y monjes en el papado parecen una chacota comparados con ellos. Con frecuencia entran también en éxtasis, incluso sentados a la mesa con otras personas, de modo que parecen como muertos; y a veces aun hacen también grandes milagros. ¿A quién no perturbaría o conmoviría esto? Tú, empero, cuando te veas frente a éstos, ten presente y recuerda que, no obstante, ellos no saben ni aceptan ese artículo ni al Señor Jesucristo, por lo cual tales cosas deben ser falsas. Pues el diablo también puede ser austero, poner cara agria, ayunar mucho, realizar falsos milagros y poner en éxtasis a los suyos; pero a Jesucristo no lo quiere tolerar ni escuchar. Por lo tanto, ten presente que tales santos turcos son santos del diablo, los cuales pretenden llegar a ser justos y salvos por sus propias grandes obras y auxiliar a otros prescindiendo del único salvador: Jesucristo. Con esto se descarrían a sí mismos y a todos los demás que no conocen o no toman en cuenta este artículo acerca de Jesucristo, así como nuestros monjes han pretendido llevarnos al cielo con su santidad propia.

En segundo lugar, también observarás que se reúnen asiduamente en sus templos para la oración, y que oran con gran disciplina, silencio y hermosos gestos externos; disciplina y silencio que no son de encontrar en ninguna parte entre nosotros en nuestras iglesias. Pues allá las mujeres se encuentran en un lugar separado y tan ocultas que no se puede ver a ninguna, a tal punto que

aun nuestros hermanos cautivos en Turquía se quejan de nuestro pueblo por no existir también en nuestras iglesias tanto silencio, decoro y espiritualidad. Pues bien, esto también podría suscitar un pensamiento en tu corazón: por cierto, los cristianos no se comportan ni se conducen tan bien en sus iglesias, etcétera.

En tal caso, vuelve a apretar con tu pulgar algún dedo y piensa en Jesucristo, al cual ellos no tienen ni aceptan. Deja que afecte modestia, se comporte y haga gestos quien quiera y como quiera; pues si no cree en Jesucristo, tú estás seguro de que Dios prefiere el comer y beber en la fe que el ayuno sin fe, prefiere pocos gestos adecuados con fe que muchos gestos hermosos sin fe, prefiere poca oración con fe que mucha oración sin fe. Pues Cristo sentencia en el capítulo 7 de Lucas que la pobre pecadora era más justa con pocos gestos que Simón el leproso con toda su ostentación. Y el pobre publicano pecador era mejor sin ayuno y observancias que el orgulloso fariseo con sus ayunos y toda su santidad, diciendo en contra de todos los santurrones e incrédulos fariseos: "Las prostitutas y los publicanos entrarán antes que ustedes al cielo".

En tercer lugar, también encontrarás peregrinaciones a los santos turcos, los cuales sin embargo no murieron en la fe cristiana, sino en la fe mahometana, como ellos manifiestan y se jactan. Allí los turcos hacen votos, acuden a ellos y los invocan, de la misma manera como nosotros participábamos en las peregrinaciones e invocábamos a los santos. Sucede también que muchos son aliviados, y se producen muchos grandes milagros, tal como también sucedía entre nosotros. De tales milagros falsos hemos escrito mucho y con frecuencia, los cuales —según creíamos— eran producidos por los santos en las peregrinaciones, de modo que aun resucitaron algunos muertos, ciegos recibían la vista, los cojos llegaban a caminar, y cosas semejantes. Ya Cristo anunció en Mateo 24 que falsos Cristos y falsos profetas harían tales prodigios, de modo que aun los escogidos fuesen engañados, cosa que también anuncia San Pablo en 2ª Tesalonicenses 4. Pues al diablo le resulta fácil atormentar a un hombre haciendo creer a los demás que está ciego, cojo o muerto. Luego, cuando con ello ha impuesto su idolatría, separando a la gente de Cristo e induciéndola a invocar a los santos —es decir a él mismo—, entonces deja de atormentar para que el hombre crea que ha sido socorrido por su santo. Además, es tan ingenioso que a veces elimina verdaderas enfermedades y cura verdaderos males, pues él es doctor sobre todos los doctores en la medicina, además de príncipe del mundo. Fíjate qué prodigios realiza por medio de sus hechiceros, de qué manera misteriosa les ayuda a efectuar cosas incomprensibles.

¡Qué cosas le hizo al santo hombre Job! ¡Qué tempestad y truenos produjo en la atmósfera, quemándole todos sus bienes y matando a sus hijos! Además hirió su propio cuerpo llagas. Fíjate cómo conduce por los aires a nuestro propio Señor Jesucristo hasta el pináculo del templo, y desde el templo hasta el monte alto, como si fuera su Dios, mostrándole todos los reinos de la tierra en un instante. Si puede producir tormenta, provocar llagas, llevar por las alturas y jugar así con los santos, y aun con Cristo mismo, ¿qué no podría hacer con los impíos y no cristianos? Por consiguiente, cuando en Turquía veas u oigas de prodigios, reflexiona y piensa para ti mismo: aun cuando resucitases a todos los muertos, y aun cuando realizases todos los prodigios, ya que niegas y blasfemas de Cristo o no lo quieres reconocer, que te crea el diablo en mi lugar; yo prefiero permanecer con mi débil Cristo sin señales ni prodigios antes que caer ante ti, fuerte y poderoso hacedor de milagros.

Y además existe en Turquía la ventaja de que es fácil reconocer estos falsos milagros y precaverse de ellos, porque los tales no se realizan en nombre de Cristo, sino contra el nombre de Cristo, en el nombre de Mahoma. Pues, como se ha dicho, ellos desprecian a Cristo, se burlan y se mofan, más bien, de los cristianos con el nombre de Cristo, como del nombre de un santo inútil que abandona a los suyos y no los ayuda contra Mahoma. En cambio, entre nosotros, en el

papado, tales prodigios falsos son más riesgosos y difíciles de reconocer, pues entre nosotros, como entre cristianos, se realizan bajo el nombre de Cristo como obra de sus santos cristianos. Ahí sí se produce un verdadero juego diabólico, apartando de Cristo a la gente, so capa del nombre de Cristo, de una manera ágil y hábil, por lo que Cristo dice que tales falsos Cristos podrán engañar también a los escogidos.

En cuarto lugar, observarás entre los turcos en su comportamiento un estilo de vida respetable, austero, decoroso. No beben vino, no se exceden en la comida y en la bebida como nosotros, no se visten con tanta frivolidad ni extravagancia, no edifican con tanta suntuosidad, ni hacen tanta ostentación, no juran ni blasfeman tanto, observan admirable obediencia, disciplina y reverencia para con su rey y señor; han establecido y consolidado su régimen de gobierno como a nosotros nos gustaría tenerlo en los territorios alemanes. Y si bien sus leyes le permiten a uno tener doce esposas, además de cuantas criadas o concubinas desee —siendo no obstante los hijos de todas igualmente herederos—, mantienen a tales mujeres en gran disciplina y obediencia, y el hombre raras veces habla con una de sus mujeres en público o se sienta y se entretiene con ella indecorosamente. Pues si bien el hombre recibe a estas mujeres en matrimonio por medio del sacerdote, se reserva sin embargo el derecho y el poder de conservar o apartar de sí a la que quiera, según lo merezca, él la ame o le tenga antipatía. Con esto ejercen un gran dominio sobre sus mujeres. Y si bien este matrimonio no es un matrimonio ante Dios, sino más bien una apariencia que un matrimonio, mantienen con ello a sus mujeres en tal disciplina y agradable conducta, de modo que entre ellas no existe tanta petulancia, opulencia, frivolidad y otros adornos superfluos, extravagancia y lujo, como en nuestro medio.

Es pues esta apariencia un gran tropiezo para el cristiano desprevenido y débil, como no lo pudo ser para los judíos la imagen de oro en Babilonia, ni lo es entre nosotros ningún convento cartujo, pues no existe entre nosotros orden tan santa que no tome vino, ni mujer o doncella que deba vivir en semejante restricción. Por lo tanto, cuídate, y vuelve a apretar el dedo con tu pulgar, pues en esto tampoco encuentras a tu Cristo. ¿De qué sirve una cosa tan hermosa que se hace fuera de Cristo y en contra de él? En este caso bien puedes decir el apotegma: más vale sencillo pero íntegro que atrayente pero malo. Pues es mejor tomar o beber moderadamente vino y estar alegre en Cristo, que practicar fuera de Cristo una vida tan excelente y severa como no lo practicaron los profetas ni los apóstoles, ni el propio Cristo. Pues Cristo comía y bebía con hombres y mujeres, con fariseos y publicanos. Pero los turcos creen que deben superar a Dios y a su propio Hijo, al cual sin embargo maldicen y persiguen, como lo hacen también entre nosotros nuestros sacerdotes e hipócritas. Ten presente, pues, que el reino de Cristo no está en el comer o el beber, como tampoco en la conducta externa, sino en la fe del corazón, Lucas 17, etc., y no te dejes perturbar por semejantes imposturas.

Aparte de estos tropiezos hay que agregar la gran fortuna de que los turcos hayan llegado a ser tan poderosos, hayan obtenido tantas victorias, hayan derrotado tantas veces a los cristianos —según opinan ellos—, y hayan hecho hasta ahora tan extraordinario avance, que no hay manera de explicarlo racionalmente sino diciendo que lo merecen por su santidad, y que su fe y conducta agradan tanto a Dios. Por lo cual se vuelven tan tercios, insensibles y empedernidos que parece imposible convertir a un turco.

Por otro lado consideran que no hay peor pueblo que el cristiano, y que no hay fe más detestable que la fe cristiana. En consecuencia, caen en una soberbia tan desmedida que maldicen e injurian a Cristo y los cristianos, a tal punto que entre sí se jactan y se burlan diciendo que los cristianos son mujeres y que los turcos son sus hombres, como si ellos fueran todos héroes y colosos y nosotros los cristianos meras mujeres y maricones; pero no saben la amarga suerte que les espera. Los orgullosos babilonios también se consideraban hombres y a los judíos mujeres,

pero estas mismas mujeres terminaron siendo hombres y señores, mientras que los babilonios lo perdieron todo.

Advierte que debajo de esta santa apariencia de los turcos yacen ocultas, y aun descubiertas, muchas atrocidades abominables y horribles; a saber, que no sólo niegan a Cristo, sino que también lo maldicen e injurian, junto con su sangre, muerte y resurrección, y todo lo bueno que ha hecho en favor del mundo, colocando por encima de él a Mahoma, con lo cual también injurian a Dios el Padre, honrando al diablo en lugar de Dios. Además, son tan sanguinarios y derraman tanta sangre y cometen tantos homicidios en tantos países como nunca se ha oído en la tierra. También practican tal impudicia vergonzosa y sodomita que no se puede mencionar en presencia de gente decente sin tener en cuenta el hecho de que les importa muy poco el matrimonio. Y por añadidura son los más grandes asaltantes y destructores de todos los países y pueblos.

¿Y quién puede enumerar todas las atrocidades que ellos, por su parte, no consideran como pecados sino como puras virtudes? Esto se llama ceguera de cegueras. Y todo esto se adorna con tanta apariencia externa —como ya he dicho— que muchos cristianos apostatan, entregándose voluntariamente a la fe de ellos, a este hermoso diablo atroz y horrible. Y por cierto, donde existe tal santidad falsa, han de acumularse todos los vicios, como podemos advertir fácilmente en nuestros religiosos, cuyas blasfemias, soberbia, homicidio, avaricia, impudicia y toda clase de vicios no tienen límite.

Pero ellos se consuelan con este argumento: ¿Piensas tú que Dios dejaría que tanta gente errase y se condenase durante tanto tiempo? Así también se consuela nuestro anticristo. Pero este argumento o pensamiento también puede hacer caer a un cristiano tambaleante y fortalecer a un bribón terco. De la misma manera, en tiempos pasados, los judíos se opusieron a los santos profetas diciendo: "Oh, no, Dios no puede estar tan airado, no nos hará tanto mal", como escribe Miqueas 2 y los demás. Pero hay que sacarse de la cabeza este argumento o pensamiento, y no juzgar la obra o juicio de Dios según la obra o juicio del hombre. Pues no depende de que crean o no crean, sean condenadas o se salven muchas o pocas personas, sino que depende de lo que Dios ha ordenado o prohibido, de lo que es o no es palabra suya. En esto hay que pensar y reflexionar, sin tener en cuenta el mundo entero, aunque todos se vayan al diablo. Pues Dios y su palabra permanecen, aun cuando desaparezcan el cielo y la tierra.

Por lo tanto, aférrate, aférrate —digo— a tu Cristo, para que seas resguardado de tales dardos y embates del diablo, y puedas seguir siendo cristiano, para ser salvo. Deja que los turcos y todos los impíos vayan al diablo, si no quieren otra cosa. Lo dicho sirva como exhortación a los cautivos, a fin de que permanezcan firmes en la fe contra todo tropiezo y tentación.

Ahora también los consolaremos para que tengan paciencia en su cautiverio y soporten y sobrelleven solícitamente toda su desgracia por amor de Dios. Ten, pues, en cuenta lo siguiente: si Dios ha dispuesto que seas apresado por el turco, desterrado y vendido, de modo que debes vivir de acuerdo con la voluntad de ellos y ser un siervo, reflexiona en que aceptas paciente y voluntariamente este infortunio y servicio, enviado por Dios, soportando por amor de Dios y sirviendo con toda lealtad y solicitud a tu amo, al que seas vendido, sin tener en cuenta que tú eres un cristiano y tu amo un pagano o turco, por lo cual no sería digno de que tú fueras su siervo. Y no se te ocurra huir, como hacen muchos, pensando que proceden correctamente, como también otros que se ahogan o matan de alguna otra manera. No, así no, mi amado hermano; debes pensar que has perdido tu libertad y que has llegado a ser propiedad, condición de la cual no puedes librarte a ti mismo sin la voluntad y el conocimiento de tu amo, pues de otro modo cometes pecado y desobediencia. Pues en tal caso robas y despojas a tu amo de tu cuerpo que ha

comprado o ha adquirido de otra manera, de modo que en adelante ya no es una propiedad tuya, sino suya, así como un animal u otro de sus bienes.

En este caso es el momento de obedecer y cumplir con las afirmaciones de San Pedro y Pablo, donde enseñan que los siervos o esclavos deben ser obedientes, fieles, humildes, honrados y diligentes con su amo, como si sirvieran al propio Señor Cristo, aun cuando los amos no sean cristianos o sean malos, tal como puedes leer en 1ª Corintios 7, Efesios 6:5 y Colosenses 3.: "Siervos, sed obedientes en todas las cosas a vuestros amos terrenales, no sirviendo al ojo, como los que quieren agradar a los hombres, sino con sencillez de corazón, y con temor de Dios", etcétera. Y también en la primera epístola de San Pedro, capítulo 2.

Si en lo demás eres un verdadero cristiano, esta servidumbre y desgracia no te harán daño. En efecto, si puedes aprovecharlas cristiana y pacientemente, te serán beneficiosas y útiles para tu salvación, como tu cruz, en la cual se ejercita y se pone a prueba tu fe.

Recuerda el ejemplo de todos los santos. Fíjate cómo el patriarca Jacob sirve al pérfido y malévolo Labán, su suegro, por Raquel, cumpliendo fielmente su servicio, Génesis 30. Y posteriormente, cómo su hijo José, después de haberle sido robado a su padre y vendido por sus propios hermanos, sirve fielmente en Egipto a su amo pagano, por lo cual fue encarcelado, si bien finalmente salió con honores llegando a ser regente del país, Génesis 39. Igualmente cómo todo el pueblo de Israel tuvo que prestar por mucho tiempo un oneroso servicio al rey faraón de Egipto, Éxodo 1:11, sin que nadie abandonase su servidumbre por brutales o paganos y malos que hayan sido sus amos.

Lo mismo posteriormente: ¿No fue acaso una dura servidumbre el sometimiento del reino de Israel en Asiría, y más tarde el reino de Judá en Babilonia? Ahí tuvieron que servir y ser esclavos el rey, la reina, los príncipes, los sacerdotes, los profetas y muchas personas más santas que tú, como Daniel y sus compañeros, bajo un rey cruel, al cual debían atender diariamente con muchos peligros de cuerpo y alma, debiendo soportar toda clase de ignominia y burla, como señala claramente el Salmo 137: Super flumina, Babylonis, etc. Hubo por cierto también judíos impacientes que lloraban, se lamentaban, maldecían y murmuraban, apostatando algunos de ellos del judaísmo y volviéndose paganos. Pero no había otra alternativa. Los buenos tenían paciencia, no huían, sino que servían con toda fidelidad y solicitud, como Daniel y sus compañeros, permaneciendo en la verdadera fe, por lo cual fueron también ensalzados y liberados por la gracia de Dios de una manera asombrosa.

Y pasemos al Nuevo Testamento. ¿No debió permitir Cristo que los judíos, los paganos, Pilato y Herodes hiciesen con él lo que quisieran? ¿Acaso no debió permanecer cautivo Pablo y casi todos los apóstoles, siendo alguno de ellos expulsados al extranjero y desterrados, como San Juan en Patmos; y posteriormente muchos santos mártires expulsados de Roma y otras ciudades, de su casa y tierra, de mujer e hijos, a lejanas islas desiertas, donde debieron trabajar en canteras y otras pesadas tareas, como los asnos? ¿Por qué habrías de tener un mejor pasar que tu Señor Cristo mismo y todos sus santos en el Antiguo y Nuevo Testamento? "El discípulo no tendrá un mejor pasar que su maestro —dice Cristo—; pero es perfeccionado si le va como a su maestro", Lucas 6:40.

Con el desgano y la impaciencia no consigues otra cosa que enojar y encolerizar tanto más a tu amo, del cual has llegado a ser siervo, además de profanar la doctrina y el nombre de Cristo, como si los cristianos fueran personas malas, infieles y falsas que no quieren servir, sino que huyen y se evaden como los bellacos y ladrones, por lo cual aquéllos se vuelven más duros y empedernidos en su fe. En cambio, si prestas tu servicio con lealtad y solicitud, adornas y alabas el evangelio y el nombre de Cristo, de tal modo que tu amo y tal vez muchos otros, por malos que sean, deban decir: pues sí, los cristianos son personas fieles, obedientes, buenas, humildes y

diligentes. Y con esto además desvirtuarías la fe de los turcos, logrando quizá convertir a muchos cuando observen que los cristianos superan ampliamente a los turcos en humildad, paciencia, solicitud, fidelidad y virtudes semejantes. Esto es lo que quiere significar San Pablo, cuando dice en Tito 2: "Los siervos han de adornar y dar prestancia en todo a la doctrina de nuestro Señor".

Pues ¿qué puede tener de malo que sirvas a un turco o pagano mientras seas y sigas siendo creyente y cristiano? Entre nosotros también algunos tienen que servir a un bribón, tirano o amo malvado. En efecto, ¿cómo habríamos de proceder bajo el papado donde los tiranos nos capturan, obligan, expulsan, persiguen, queman, decapitan, ahogan y nos dispensan un trato peor que el que recibes tú de los turcos? Con todo, tenemos que ceder, soportar, sufrir, servir, ayudar, aconsejar, orar, levantar y cargar, todo lo cual debieras arriesgar y soportar con nosotros si quisieras ser cristiano con nosotros y confesar a Cristo; pues en este sentido el papa es mucho peor que el turco.

El turco no obliga a nadie a negar a Cristo y adoptar su fe; y si bien asesina corporalmente a los cristianos con toda furia, no hace otra cosa —por lo que a él respecta— que llenar el cielo de santos. Pues su blasfemia contra Cristo y su apariencia externa de santidad no obligan, sino que tientan y seducen. En cambio el papa, precisamente porque no pretende ser enemigo ni turco, sino el amado padre, en efecto, el santísimo padre y fidelísimo pastor, pues él aparta de Cristo a las nobles almas con su execrable doctrina humana y las conduce a la justicia propia, que es la verdadera muerte espiritual, equivaliendo a la doctrina blasfema de Mahoma o los turcos. Cuando no se le quiere permitir tales descarríos diabólicos e infernales, adopta también el método turco y asesina también corporalmente. Y si le fuera posible, sin duda provocaría mayor muerte y derramamiento de sangre que el turco, como lo ha demostrado bien a las claras hasta ahora con tantas guerras, persecuciones e instigaciones entre emperadores y reyes, etc.

En suma, dondequiera que vayamos está presente el verdadero patrón, el diablo. Si caemos en manos del turco, vamos al diablo; si permanecemos bajo el papa, caeremos en el infierno. Hay puros diablos en ambas partes y por todos lados. Es así como está, por desgracia, la situación actualmente en el mundo; y tienen total vigencia los dichos de Cristo y San Pablo de que en los últimos tiempos habrá momentos peligrosos y atroces, 2ª Timoteo 3, en que el diablo andará suelto, descarriando a todo el mundo y provocando tal miseria y desgracia que ningún hombre se podría salvar, a menos que Dios acertara ese tiempo por amor de sus escogidos. Así, diablo ataque a la cristiandad con toda la fuerza y de todos lados, tanto física como espiritualmente, ensayando todos sus recursos para terminar con ella.

Por consiguiente, estemos vigilantes y atentos con firme fe en Cristo, manteniéndose cada cual obediente a su autoridad, aguardando lo que hará Dios, y dejando que las cosas sigan su curso, ya que en adelante no se puede esperar de todas maneras nada bueno. La olla se ha roto, y la sapa se ha derramado. Podemos acabar de arriesgar lo que resta, teniendo en lo posible buen ánimo, como nos enseña Cristo al referirse a estos tiempos malos, Lucas 21: "Cuando veáis que estas cosas comienzan a suceder, levantaos y erguid vuestras cabezas, pues vuestra redención se acerca".

Antes de que me olvide: cuando te encuentres entre los turcos y debas servir —como se ha dicho— has de entender e interpretar este servicio sólo en la medida en que beneficie a tu amo en cuanto a sus bienes. Si te quiere obligar a luchar contra los cristianos, no debes prestar obediencia, sino antes sufrir todo lo que te pueda hacer, e incluso preferir la muerte. Pues has oído en Daniel, cuando se refiere a los turcos, que su lucha es contra los santos de Dios, los cuales no le han hecho mal alguno, y que derrama pura sangre inocente. Debes, pues, cuidarte de no hacerte partícipe; como tampoco debes pasarte a su maldito ídolo, Mahoma, aun cuando debas servir bajo su férula.

El piadoso Naamán, 2ª Reyes 5, permanece al servicio de su señor el rey, e incluso ora con él en su templo; pero no invoca su ídolo. Y los amados santos mártires San Mauricio y sus compañeros, cuando el rey les ordena luchar contra los cristianos, se niegan a hacerlo y arrojan sus armas, diciéndole que si pretendía luchar contra cristianos no era necesario buscar a otros, ya que ellos mismos eran cristianos que estaban dispuestos a sufrir lo que él quisiera. De la misma manera debes tú prestar tu servicio a los turcos, de modo que con ellos no luches contra los cristianos o contra Dios, sino que solamente ayudes de la mejor manera a su casa y bienes.

Lo mismo digo y aconsejo a los que viven bajo nuestro emperador, papa o príncipes, que no se dejen usar en contra del evangelio o luchar contra los cristianos o perseguirlos, pues con ello serán culpables de sangre inocente, y no serán mejores que los turcos. Se debe obedecer a Dios antes que a los hombres, Hechos 5. Dios no ha otorgado autoridad a ningún soberano ni ha puesto en sujeción a la gente a tal extremo que se opongan o luchen contra Dios y su palabra. Y en tal caso ningún súbdito está obligado ni sujeto ni un solo ápice a su autoridad. En efecto, cuando eso sucede, ya no hay autoridad; sino que los súbditos tienen la obligación de servir en beneficio corporal de la autoridad, a fin de que se preserve la paz en la tierra, de modo que esta vida corporal esté asegurada y prospere.

Pero quiera Dios, Padre de toda gracia y sabiduría, acortar benignamente este tiempo, dotándonos y preparándonos con sabiduría y fortaleza para que mientras tanto vivamos sabia y valerosamente, aguardando con alegría la venida de nuestro amado Señor Jesucristo, y podamos así abandonar con bienaventuranza este valle de lágrimas. A él sea alabanza y gratitud, honra y gloria, para siempre. Amén.

**SE TERMINÓ DE TRANSFORMAR A FORMATO DIGITAL, POR
ANDRES SAN MARTIN ARRIZAGA, 6 DE ENERO DE 2007.**